

A propósito de la "Teoría del lenguaje", de Karl Bühler

por

IGNACIO MARIA DE ECHAIDE

Si el lector de la obra que vamos a comentar cree que va a encontrar en ella una ciencia semejante a la gramática de cualquier idioma, pongamos por ejemplo la castellana escrita para españoles, se equivoca, aun cuando suponga que se extiende a lo común que tienen entre sí todos los idiomas. El siguiente párrafo bastará para desengañarle:

"Ahora bien; un nombre es un sustantivo y no un demostrativo; pero *yo* es originariamente un demostrativo y no un nombre" (páginas 110 y 111). Y en otro lugar:

"Yo afirmo que hay que poner en el lugar O tres demostrativos si este esquema ha de representar el campo mostrativo del lenguaje humano, a saber: los demostrativos *aquí, ahora* y *yo*" (pág. 120).

Si el lector cree va a encontrar una ciencia con método análogo a la Filosofía del Lenguaje de Balmes (Obras completas XXI, 149) también se equivocará. Ciertamente algunos puntos hay de contacto, pero en lo fundamental difieren.

La teoría del lenguaje es una ciencia muy nueva. Sus primeros pasos se remontan no más que al siglo XIX y puede decirse que ahora está en floración. No sé si existe definición de la misma. A mi juicio es la ciencia que define con precisión la función y el alcance significativo de las palabras, señalando sus limitaciones y conexiones. Como definición improvisada y a vuela pluma, no esperen de la misma los lectores grandes precisiones.

La obra que comentamos es inmensamente difícil. Nadie mejor que su traductor puede haberlo experimentado y a él dejamos la palabra: "Respecto a la traducción, necesito decir una palabra. No es fácil exagerar sus dificultades, porque en ella se acumulan todas

las que puede presentar un texto científico moderno; un vocabulario de desusada amplitud y que se refiere a los dominios más variados; referencias constantes a fenómenos y ejemplos lingüísticos que es menester, no ya verter, sino adaptar al castellano; una terminología en gran parte original, que ha sido necesario recrear en español; una manifiesta preferencia por las expresiones menos habituales y por último una voluntad de estilo —no siempre recompensada por el acierto— que lleva a Bühler a un empleo demasiado frecuente de modismos, giros peculiares e ingeniosidades que ponen a prueba el ánimo del traductor. Baste decir que la *Teoría del Lenguaje* se publicó hace diez y seis años, y a pesar de sus excelencias y su éxito, no había sido traducida hasta hoy —que yo sepa— a ninguna otra lengua.”

Coincide, pues, Marías con Balmes en aquel juicio del amor de los alemanes a lo nebuloso (tomo XXII pág. 237), cuyas consecuencias son funestas para la misma ciencia alemana; “El alemán no se lee” —se lamentaba un gran personaje del siglo XVIII. Agreguemos otra nota característica en los tudescos: gran cita de autores alemanes con la correspondiente profusión de incienso.

Pero, ¿qué quedaría de la obra de Bühler si se escribiese en estilo ingenuo y sin esa lamentable plaga de términos científicos, casi totalmente innecesaria? (La filosofía, en opinión de Balmes, es la ciencia que necesita de menor caudal de léxico científico, por no ser más que una metodización del sentido común). Resultaría sencillamente infantil; pero al propio tiempo agradable y con un caudal de observaciones de valor inestimable.

Un defecto de preparación podemos señalar en la obra que comentamos. Según noble confesión propia, el autor sólo conoce las lenguas indeuropeas; y ciertamente, una Teoría del lenguaje debe basarse en datos universales. Aún más, creemos que los conocimientos *in extenso* del autor se limitan a los principales idiomas modernos, al griego y al latín, sin que esto quiera decir que no posea conocimientos fragmentarios de otros muchos. El vascuence, sólo una vez lo cita y debe desconocerlo, lo que representa una laguna fundamental. Bühler suple su falta de conocimientos fuera del indeuropeo, con escasos préstamos de otros autores. Pero esto es poco aconsejable para mantener la unidad de pensamiento y criterio necesarios en una obra de esta naturaleza.

Pasando a otros aspectos interesantes de la obra, diremos que Bühler cita siempre la religión con gran respeto y siente por la filosofía escolástica un entusiasmo de que estamos lejos, en general, los españoles. Más de veinte veces la cita en su obra y siempre con encomio. ¿Hay en Alemania algún movimiento de regresión al Es-

colasticismo? El no cita más que el nombre de Husserl al decir: "Mill (St.) y Husserl están ambos en conexión con raciocinios escolásticos y los utilizan fértilmente." (Pág. 262). Pero al lado de Husserl podemos poner, sin discusión, el nombre del propio Bühler.

Aun cuando la obra se relaciona con cuestiones muy delicadas sobre las cuales ha derramado sus doctrinas la heterodoxia, no nos parece ver asentimiento del autor a ellas aun cuando la oscuridad del lenguaje usado por el autor pueda a primera vista dar lugar a alguna sospecha. No obstante en el prólogo (pág. 3) hay el siguiente párrafo, confirmado por unas palabras del texto (pág. 339). Dice así: "Si esto es una falta absoluta (la carencia de función representativa) del lenguaje (sic) del perro o si sólo salta a los ojos como enorme diferencia de grado, quede en pie hasta ver el resultado de investigaciones exactas." (Prólogo, pág. 3).

Pero que a estas expresiones no puede darse un sentido censurable, lo prueba el terminante párrafo que copiamos a continuación (página 161):

"Y si tampoco allí cree encontrar nada decisivo, entonces hay que poner su asunto, una igualdad comprobada de la estructura fundamental de todas las lenguas humanas, en paralelo con el descubrimiento, apenas puesto hoy en duda, de una amplia coincidencia de la estructura corporal de los hombres, en contraste con los animales más próximos."



La obra del Sr. Bühler consta de un prólogo y una introducción (en los que hace varias consideraciones sobre el desarrollo actual de la teoría del lenguaje) y cuatro partes. En la primera expone lo que llama cuatro axiomas del lenguaje; a saber, el lenguaje como relación, el lenguaje como signo, la teoría de los cuatro campos y palabra y frase. Es interesante la observación del autor acerca de la interpretación de los jeroglíficos egipcios antes de comenzar a exponer el primero de los axiomas: "La exigencia de una primera comprensión —dice— se ha cumplido aquí partiendo del valor simbólico" (pág. 24). Y esta nota de carácter histórico: "Es menester repetir una vez más en el espíritu de los descubrimientos de los griegos, a los cuales se les han presentado en su lengua los fenómenos del modo que todavía hoy se llaman en su mayoría" (pág. 30). En contraposición a esta permanencia dice que "la hermosa arquitectura de la tabla duodecimal kantiana de categorías y principios ha sido un fantasma histórico efímero" (pág. 33).

A propósito del primer axioma es interesante la manifestación de que "El programa de investigación que el robusto behaviorismo em-

pezó a practicar con empuje juvenil, primero con animales y luego con el lactante humano, contenía aún la antigua fórmula e intentaba resolver en reflejos el proceso total; pero hoy se está produciendo un cambio en toda la línea" (pág. 38). Y más adelante (pág. 39): "Allí habrá que mostrar también que en el seno de la biología misma ha surgido, como una especie de antítesis hegeliana del behaviorismo mecanicista, el intento de Uexküll, que está previamente orientado sematológicamente en sus conceptos fundamentales *signo de advertencia y signo de actuación.*"

Hablando del segundo axioma es muy interesante la siguiente observación: "Entre las lenguas del Cáucaso occidental, por ejemplo, hay una (el adyghio) que a primera vista muestra una multiplicidad de sonidos vocales análoga a la del alemán; existen entre otros matices, también u -ü -i. Pero resulta que allí nunca pueden distinguirse dos palabras, como entre nosotros *Tusche* y *Tische*, por la diferencia vocal u-i; los matices u-ü-i no tienen valencia diacrítica en aquella lengua. Tampoco o-ö-e, ni a-ä, todos los cuales existen, en efecto, condicionados regularmente por el medio, pero no pueden ser diacríticamente relevantes." A esto que manifiesta el señor Bühler podemos por nuestra parte agregar que en chino ocurre lo propio con varias consonantes; las alternancias n-l, b-p y d-t son también diacríticamente irrelevantes en la lengua monosilábica.

A propósito del cuarto axioma sienta (pág. 89) el siguiente principio de la mayor importancia: "Ni la frase pudo haber sido antes que la palabra, ni la palabra antes que la frase, porque ambas son *momentos correlativos* en uno y el mismo estadio (acaso avanzado) del lenguaje humano." La expresión "acaso avanzado" no puede significar la adhesión a una teoría del lenguaje creado (para inventar el lenguaje sería necesario saber hablar, ha escrito un grave filósofo) y perfeccionado por el hombre, pues iría contra el principio que acaba de sentar. El autor se refiere a la evolución natural de todos los idiomas, en los cuales las necesidades crecientes de matizar el pensamiento han obligado a perfeccionar el lenguaje, aumentando, por ejemplo, el número de modos y tiempos en la conjugación, dando significación singular a flexiones plurales, creando nuevas flexiones plurales en sustitución de las singularizadas, ideando tratamientos respetuosos para hablar con personas de edad o jerarquías, etcétera, etcétera.

La segunda parte se refiere a los demostrativos y al campo mostrativo del lenguaje, tema, como hemos observado más arriba, obsesionante para el autor. No obstante admite con gran lógica un límite para la función mostrativa: "De un modo puramente fenomenológico —dice (pág. 103)— hay que distinguir demostrativos y nom-

bres, y su distinción no puede ser suprimida por ninguna especulación acerca de su origen.”

Hablando de las raíces indeuropeas *to- y *ko- dice en la página 109: La raíz *ko- pretende ser considerada como denominación indoeuropea primitiva de esa forma indicativa (dirección) (pág. 51)”. Lo aquí subrayado lo toma el autor de Brugmann. Y más abajo en la misma página: “Y por lo que se refiere a las palabras para el “tú”, en la mayoría de las ramas lingüísticas indoeuropeas proceden, como sabe Brugmann y con él todos los demás especialistas, de la raíz to- o de la raíz so-, exactamente igual que el grupo de los demostrativos dísticos del *éste*”.

A propósito, también del indoeuropeo, es muy interesante la siguiente observación de Bühler: “Así debe explicarse el hallazgo histórico de que no se encuentra ningún pronombre que, desde la época protoindoeuropea, hubiese servido *exclusiva o al menos predominantemente para la iste-deixis, es decir, para señalar a la persona de aquel a quien se habla y su esfera*; pero sí en muchas lenguas indoeuropeas pronombres de la *éste-deixis* que han conservado una estrecha *relación absolutamente firme e inalienable* en definitiva con la persona a quien se habla. Así, en ario, armenio, griego, latín y sureslavo (por ejemplo, búlgaro)” (pág. 114).

Sigue obsesionando a Bühler la amplitud del campo demostrativo en las partes de la oración. En la página 135 copia un párrafo de la gramática latina de Stoltz-Schmalz que dice: “Las conjunciones se pueden dividir en originariamente indicativas (deícticas, tanto coordinantes como subordinantes) y puramente copulativas, etc.” Y más adelante (pág. 143) al hablar del campo de la llamada retención inmediata dice Bühler: “Su expectativa de encontrarse también allí con los demostrativos no es defraudada, sino cumplida en una medida insospechada.”

Agotada la materia de lo demostrativo en la segunda parte de la obra, la tercera (pág. 171) la dedica al campo simbólico, es decir, a la designación de los objetos por nombres. Desde este punto de vista el autor (pág. 175) dice que se pueden contrastar las lenguas esquimales (1) como muy *impresionistas* con las lenguas bantúes como muy *categoriales* y el chino (2), con su conocida predilección por las

(1) Algunos autores incluyen en el grupo esquimal lenguas del norte del continente americano (Algonquino, Maichi, Iroqués, Dakota y su dialecto el Tetón, Tsimshian con sus variedades Kitunto y Kithala, Kwakiutl y su variedad el Kowmuk o Tlathul, Kawitshin y su variedad el Kwantlin y Haida con su dialecto el Masset). Pero ignoramos si estas lenguas pueden calificarse también de impresionistas.

(2) Lengua sinítica es también el Tais.

cosas individuales (3), con las lenguas indoeuropeas (4) que manejan sin excepción lo *universal* como algo mostrable.”

El pensamiento más destacado de Bühler, con relación al objeto de esta parte tercera, es el que refleja en las siguientes líneas tomadas de la página 196. “La aprehensión plena del objeto y la integridad de su representación lingüística son un ideal en un grado mucho menor que lo que la mayoría sospecha.”

En esta parte habla Bühler de la onomatopeya y sienta (pág. 299) el siguiente juicio cuya importancia no hemos de encarecer: “En el lenguaje tiene validez en primera línea una ley estructural completamente distinta a la onomatopéyica.” Y en otro lugar (pág. 237) dice: “Es un hecho que las *raíces*, como las conocemos y tenemos que admitirlas según las reglas de la reconstrucción, por ejemplo, para el indoeuropeo primitivo, se imponen a sus mejores concedores como no descriptivas.” En la página 240 cita a Oehl y reproduce su afirmación de “que con seguridad las *palabras onomatopéyicas* no son las primeras en el vocabulario en formación del niño.”

La cuarta parte (Estructura del habla humana; elementos y composiciones) es lo que más se puede relacionar en la obra de Bühler con lo que las gramáticas llaman Sintaxis. Ignoramos por qué, el autor la hace preceder de un estudio físico del sonido (La teoría acústica de la sílaba, pág. 296), que, a nuestro juicio, no encaja en el objetivo de la obra. Por otra parte, como era de esperar, es de lo más flojo de la misma. Aunque es inmensa la cultura de Bühler, o quizás por este mismo hecho, no cabía esperar profundizase mucho en estos difíciles estudios físico-matemáticos. Inserta algunos oscilogramas. Ni siquiera cita a Fourier y su análisis. Los lectores que quieran profundizar en esta materia pueden consultar obras especiales como “A practical treatise of Fourier’s theorem and harmonic analysis”, por Albert Eagle, “Theory of vibrating systems and sound”, por A. Irving e I. B. Crandell, “Elements of acoustical engineering”, por H. F. Olson, “Theory of sound”, por Lord Rayleigh, “The dynamical theory of sound”, por H. Lamb, “Speech and hearing”, por A. H. Fletcher, “Oscillographs”, por A. J. T. Irwin y otros varios.

(3) En el chino cada sílaba representa un objeto o una idea. En el verbo chino no existen dificultades de tiempos, modos, personas, acción transitiva o intransitiva, forma regular e irregular. El verbo es un infinitivo invariable; las personas se conocen por el pronombre que le acompaña; el tiempo por la adición de palabras como *antes*, *ayer*, *después*, etc. No hay vestigios de declinación, ni siquiera terminaciones para el género y número. No existe artículo ni acento. Hay gran variedad de dialectos.

(4) Son cerca del centenar entre vivas y muertas, sin contar los dialectos.

En esta cuarta parte se propone algo que tiene mayores dificultades de las que a primera vista pudiera parecer; la definición de la palabra. Parece que el autor da por buena la definición de A. Meillet, filólogo muy conocido por sus tratados y por haber dirigido la redacción de la importante obra "Les langues du monde". Meillet dice así: "Una palabra está definida por la asociación de un sentido dado con un conjunto de sonidos dado, susceptible de un empleo gramatical dado" (pág. 336). Como se ve la definición envuelve conceptos que parecen a primera vista más complejos que lo que se trata de definir.

Después de definir así la palabra trata de "El problema de las clases de palabras" (pág. 338) y vuelve a su obsesante tema de lo demostrativo y lo simbólico, con estas palabras (página citada): "la primera división en clases separa demostrativos y nombres y por cierto en lo esencial tal como lo vieron los grandes gramáticos griegos en la hora natal de la lingüística occidental."

Sobre el artículo hace observaciones muy agudas en la página 343 y en la 347 dice esto que no por ser asunto conocido debe omitirse: "Se sabe que el artículo es un fenómeno relativamente reciente (en las lenguas indoeuropeas) cuya evolución en griego puede seguirse paso a paso desde Homero, en germánico desde la traducción gótica de la Biblia. Los romanistas agotan el *Cantar de Roldán* y los anglicistas el *Beowulf*, donde interpretan con exactitud filológica los estadios iniciales del artículo." En vascuence seguramente ocurrió lo propio, sólo que resulta imposible determinar la época en que comenzó a usarse. Es de creer, pues, que el artículo no es originario en ningún idioma sino un perfeccionamiento que exigió la necesidad de matizar mejor el pensamiento.

Cuanto más adentra el autor en la cuarta parte, más se acentúa el carácter sintético del estudio que, por tratarse de algo muy conocido, haría mucho más fácil su comprensión. Pero parece que a título de compensación el lenguaje del autor se hace cada vez más difícil. Véase como muestra este párrafo (pág. 401).

"Que al apartarse de este caso cero los compuestos auténticos y las demás composiciones del lenguaje se comportan tanto supersumativamente en un aspecto como infrasumativamente en otros, no tiene nada de extraño desde el punto de vista de la psicología vivencial; lo metafórico con su acentuada selectividad surge sin problemas donde quiera que se dan las condiciones ya enumeradas certeramente por H. Paul."

Con esta observación final no quisiéramos restar ánimo a los posibles lectores de la obra que comentamos. Pero será conveniente que si no los posee ya, adquieran conocimientos generales de fitolo-

gía que les ayudarán grandemente en la empresa. La obra recientemente publicada en España de Wartburg "Problemas y métodos de la lingüística" (Madrid, 1951. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, "Instituto Miguel de Cervantes", traducción de don Dámaso Alonso y don Emilio Lorenzo) por su sencillez y claridad resulta altamente recomendable para tal objeto.

